

Ideales que debe infundir la enseñanza primaria argentina

I.—DEL IDEAL

I. El Ideal es necesario en la vida. — 2. Edad más propicia para inculcarlo. — 3. A la enseñanza primaria es á la cual el Estado debe confiar esa misión. Como ha cumplido entre nosotros con ella.

1. — Ha llegado ya á adquirir los caracteres de una verdad inconcusa, el principio de que el fin de la enseñanza, no debe reducirse á impartir meramente la educación intelectual. Todos convienen hoy sin dificultad, en que ella por sí misma, no es en absoluto capaz de preparar al hombre para la vida y en que, como expresa Guyau («La Educación y la Herencia», pág. 162) «lejos de moralizar, lleva muy á menudo á hacer gentes desorientadas y sin idea moral fija».

No, la enseñanza primaria no cumplirá enteramente su misión, sino tiende con especial empeño y constancia á formar los sentimientos morales del niño, infundiendo en su espíritu los nobles ideales de la vida. Porque sin ideales, carecería el hombre de la fuerza moral más poderosa para luchar en ella con ventaja, desde que son en el alma de cada uno y en el alma de todos, algo así como los astros que nos guían hacia la meta de nuestros destinos. «Son aquellos sentimientos dominantes— dice Bunge (La Educación, pág. 11)— que dan unidad á nuestros actos, sinceridad á nuestras empresas y rutas á nuestras vidas». Navegantes ó naufragos de los mares de la miseria humana ¿qué mejores dones podríamos apetecer de la educación, que una estrella que á través de las tormentas nos señale directa ó indirectamente el rumbo hacia los puertos?

Es en concordancia con estas ideas que ha podido decir con justa razón el ilustrado profesor Altamira, en un reportaje que se le hi-

ciera al llegar á nuestras playas: «No niego yo la trascendencia del factor material, no niego la teoría marxista, pero creo que esto no excluye el idealismo, que es una fuerza permanente comprobada en el estudio minucioso de los fenómenos. La influencia del factor económico se nota igual en la transformación de los señoríos y los municipios de la Edad Media, y en los acontecimientos de nuestros días. Pero el privilegio del ideal no es menos notorio, y es necesario sostenerlo puesto que contribuye á enaltecer la vida».

2. — No hay época mejor que la de la infancia para inculcar el ideal, pues el espíritu recién comienza á abrirse á la vida, dejando cada impresión que en él se labra, un rastro indeleble de su paso. Los sentimientos y las ideas que entonces se inculquen en el niño, serán los sentimientos predominantes más tarde en el hombre, pues como dijo Milton «el niño señala al hombre como la mañana señala al día». Por eso es que Leibnitz pudo decir que si se le diese la educación de la niñez, cambiaría la faz del mundo.

3. — Pero, á quién deberá confiar el Estado la misión de infundir los ideales en la infancia? Si bien es cierto que el hogar es irremplazable para ello, y que las palabras de Jorge Herbart que «una buena madre vale por cien maestros de escuela» encierran una profunda verdad, no lo es menos el que no siempre está aquél en condiciones de inculcar los ideales que al Estado le interesa en primer término difundir. Y por otra parte, suelen desgraciadamente, escasear con frecuencia las madres á que Jorge Herbart se refiere.

A nadie pues mejor que á la enseñanza primaria (ya dijimos que ese es uno de sus más elevados fines) puede asignársele esa misión. El maestro parece ser en efecto entre nosotros, por circunstancias de las que haremos luego mención, el más indicado para realizarla. Sin embargo hasta el presente, doloroso es decirlo, poco se ha hecho en tal sentido, no siendo por lo tanto, de extrañar que oigamos hablar á menudo del fracaso de aquella enseñanza, y de los deficientes resultados que produce. Lo cierto es que los progresos morales del país están muy lejos de guardar relación con sus progresos materiales. El niño sale en la mayoría de las veces de la escuela, llevando por todo bagaje, un cierto caudal de conocimientos bien ó mal digeridos, pero nada más. Le falta el ideal, lo mejor de la vida, aquello que tantas veces hemos leído poseen los niños alemanes, cuya educación desde el kindergarten hasta la Universidad, está saturada de ideales tan bellos como el de la patria, el de la belleza y el de la honestidad.

Es olvidando así, á menudo, que el sugerir ideales constituye el más alto fin de la educación, que han puesto en peligro hasta los más sagrados intereses del país. Sobre este punto es, pues, preciso reaccionar y pronto, antes que el mal adquiera proporciones difíciles de combatir.

II.—EL IDEAL DEL CARÁCTER

I. Grandeza del ideal del carácter. — 2. Qué es el carácter. — 3. Necesidad imperiosa que existe en nuestro país: desarrollar el ideal del carácter. — 4. Cómo debe inculcarse este ideal.

Dos son preferentemente en nuestro concepto los ideales que debe la enseñanza primaria argentina tratar de inculcar en el niño: el ideal del carácter y el ideal patriótico. Si realizase estos dos objetivos, que tienden á formar el hombre, y á elevar á la patria, habrían sido retribuídos con creces los ingentes sacrificios que el país hace para su sostenimiento. Veamos ahora qué es lo que entendemos por esos ideales, y lo que se ha hecho y se hace en el sentido de formarlos.

1.—Es este el más grande y el más excelso de los ideales. A la vez que constituye una de las fuerzas motrices más poderosas que existen en el mundo, representa la naturaleza humana en toda la plenitud de su grandeza, al mostrar al hombre bajo el más noble de sus aspectos. En contraposición al hombre de genio que es siempre admirado por su inteligencia, el hombre de carácter atrae sobre sí el respeto de todos, porque él representa la conciencia, la cual es un producto del corazón. Y sabemos bien, que tarde ó temprano es el corazón quien acaba por gobernar en la vida. . . . Bien dijo pues Lutero, que la prosperidad de las naciones depende antes que de nada, del número de sus hombre de ilustración y de carácter.

2.—No se necesitan muchas palabras para responder á esta pregunta, pues nadie ignora quien debe y quien no debe merecer llevar el título honroso de «hombre de carácter». Todos saben en efecto, que el carácter comprende un conjunto de condiciones capitales de entre las que representan, unas en general, la índole moral de las personas, y otras, en especial, la voluntaria aplicación práctica de esta índole para el bien y contra el mal. Participarían así de la primera condición la índole, el tipo, la naturaleza, la idiosincracia del individuo. Y de la segunda, la voluntad, el tesón, la decisión, la fuerza moral, para hacer lo bueno y evitar lo malo. Resulta entonces que, respondiendo á aquellas dos circunstancias, la educación del carácter estribaría en perfeccionar la índole de las personas y en dirigir la voluntad hacia el ejercicio de la virtud. ¿Podría tener la enseñanza primaria una misión más noble que realizar, que educar el carácter? No es él, después de todo, el que decide de la suerte de los hombres, y por lo tanto de los pueblos? Con razón ha dicho Bunge, (ob. cit., pág. 15) que, «sugerir el ideal de un hombre modelo, dechado de virtudes, es la última ratio de la ética, de la historia, de la filosofía. Es algo como la concentración, como la condensación suma de los demás ideales, de los sentimientos, de las aspiraciones. El papel más grande del pedagogo es construir ese ideal,

como un muñeco, darle vida, y señalarlo á la simpatía de sus educandos, desde todas las cátedras, con estas palabras divinas: Ecce Homo!»

3.—Atraviesa en su faz moral, nuestro país, por un período verdaderamente crítico, tanto que ha llegado á constituir una de las preocupaciones más serias de nuestros educacionistas y hombres de pensamiento, el encontrar la fórmula que ha de sacarlo de esa lamentable situación. Lejos iríamos si nos hiciéramos eco de las diversas razones que se aducen para demostrar la verdad de lo que decimos. Hemos de mencionar pues solo algunas de ellas, que están por otra parte, en la conciencia de todos. Se dice así, que no hay firmeza de condiciones ni en política ni en religión, siendo por lo tanto indiferente pertenecer á tal ó cual partido como prender una vela á un santo, ú ofrecer un gallo á Esculapio. De ahí que no sea extraño contemplar á menudo las claudicaciones más inverosímiles; ni que vayan ateos á misa con el mismo fervor del autor de las Doloras, que concurriría á ella, por serle menos molesto que reñir con su mujer.... Que los más audaces son los que más pronto triunfan y mejor se elevan, estando el hombre honesto y altivo condenado á luchar siempre solo desde el llano. Que existe el más profundo desprecio por las leyes, las cuales no se cumplen, siendo á diario transgredidas en la forma más burda, y resultando no pocas veces que los primeros en desconocerlas, son los mismos que las hacen. Meras fórmulas, que solo sirven para encantar á los ilusos! Que la mentira, que es según el pensamiento de Unamuno, la plaga más terrible que puede azotar á un pueblo, reina aquí como soberana y señora de todo, olvidándose que la verdad, según la bella expresión del Evangelio, es la única que dignifica, la única que nos hará libres. Que por el favoritismo más irritante (el peor de todos los favoritismos, el político, que se compra por una libreta) es que se llenan los puestos oficiales, sin tener en cuenta para nada los méritos ó idoneidad de la persona, no siendo siempre la justicia y la instrucción pública (las dos instituciones sociales que más levantan el nivel moral de un país y le imponen á la consideración de los extraños), las que se ven más libres de esta influencia perniciosa.

Que todo está perdido. Que no hay conciencia. *Que no hay carácter.*

Habría exageración en todo esto ó será por el contrario la fiel expresión de la verdad? La montaña de cereal de que hablaba Magnasco en un notable y reciente discurso, aplastará realmente nuestro espíritu en otrora tan altivo, haciendo triunfar sobre el ideal, sobre el bien el mezquino interés, la pasión innoble? No lo sabemos, ni queremos solidarizarnos con ello. No sería tampoco esta la ocasión propicia para hacerlo. Pero, pensamos sí, que, sin mayor esfuerzo ni violencia, puede bien convenirse en que, efectivamente, «something is rotten in Denmark». Hay pues, ante todo, que educar el carácter, cuya ausencia es la causa de la mayoría de aquellos males. Es cuestión de vida ó de muerte!

4. — De entre los medios que pudieran emplearse, no hay en nuestro parecer ninguno mejor que el del ejemplo, pues nada como él deja en el espíritu del niño y del hombre una impresión más honda. Los actos hermosos que realzan y dignifican la naturaleza humana, tienen la virtud de ejercer una influencia irresistible. ¿Cómo ha de darse este ejemplo? En primer lugar por la misma persona del maestro, cuya vida, cuya conducta, debe ser en todo momento intachable, exento de la menor sombra. Por algo dice un sabio proverbio árabe, que la higuera que mira á otra higuera acaba por fructificar. Luego, por la lectura, por el cuento, por la anécdota. Un moderno vulgarizador inglés, Samuel Smiles, ha publicado una serie de libros llamados «El Carácter», «La Ayuda Propia», «El Ahorro» y «El Deber». Contienen una serie de anécdotas morales, extractadas de biografías de hombres célebres. No queremos discutir si la forma como están expuestas, y el método que se ha empleado en ello, son siempre los más apropiados, y si están al alcance completo de la mente del niño. Lo cierto es que la lectura de las mencionadas obras hace mucho bien. Se las deja de la mano con placer, sintiéndose uno más bueno y mejor.

El autor de este trabajo, no tendría porqué ocultar los beneficios que su lectura le ha producido. Y cree, porque niño fué cuando las leyó por vez primera, que su adopción por parte de las escuelas primarias del país, como texto de lectura produciría excelentes resultados, contribuyendo á cultivar eficazmente el ideal del carácter.

III. — EL IDEAL PATRIÓTICO

I. El Ideal de la patria y el de la fraternidad humana. — 2. Circunstancias que exigen sea difundido en nuestro país con tesón y constancia, el ideal de la patria, á fin de consolidar el sentimiento nacional. — 3. Medios que han sido puestos en práctica con ese fin.

1. — El patriotismo que, definido de una manera primaria, es el sentimiento que nos mueve á amar y servir á la patria, representa en la vida de los pueblos una de las fuerzas más poderosas y activas que contribuye á su enaltecimiento y progreso.

Sólo en los pueblos decadentes y sensualistas, sólo en los pueblos débiles, que se sienten sin fuerzas para desempeñar su misión en el mundo, es que puede desconocerse la existencia de ese grande ideal. Pues, siempre han sido patriotas los pueblos grandes y vigorosos, aquellos que han poseído la noble ambición de ocupar el primer puesto, y que han sentido agitarse en su espíritu el deseo de perpetuar su genio y su raza á través de los siglos. Y fueron tanto más poderosos, cuanto más arraigado ha estado en el alma de cada ciudadano ese ideal.

Inglaterra podría ser en la época contemporánea un ejemplo de lo que decimos, gracias á lo cual, su lengua se habla hasta en el último cabo de la tierra, y su genio ha dejado en las cinco partes del mundo, rastros imperecederos de su paso.

Es que cada uno de sus hijos siente el primer orgullo en ser inglés (1) y halla la más grande de sus satisfacciones en contribuir con su grano de arena, con su esfuerzo individual á enaltecer y cimentar el engrandecimiento de su patria. Y vaya donde fuere, el súbdito de Britania no deja su lengua, no abandona sus costumbres, no olvida su bandera. El es inglés, ever for ever! Feliz nación la que tiene ciudadanos de tal estirpe!

Ejemplos numerosos podrían referirse de hombres que por levantar el concepto de su patria, por agregar un laurel más á su corona, han realizado las obras más gigantescas que recuerda la historia. Para qué detenernos en ellos?

¿No acaba de decirnos hace apenas algunas semanas Peary, el heroico explorador norteamericano, que experimentó la más suprema de sus satisfacciones cuando pudo ver tremolear en el polo la bandera de su patria, la bandera estrellada de la Unión Americana?

Que el patriotismo es, pues, una fuerza poderosa que estimula á la acción y que cohesiona á los individuos de una determinada agrupación humana, haciéndoles amar el mismo ideal, fortalecido éste por el respeto á la misma tradición, por la comunidad de los mismos esfuerzos, y por el aliento de las mismas esperanzas, parécenos que es algo tan evidente, que no merecería siquiera ser discutido.

No obstante, aseguran algunos pensadores, que tal como lo entendemos hoy, es un sentimiento egoísta, y que en el porvenir será considerado no ya como una virtud, sinó solo como un paso dado hacia la concepción de otro nuevo patriotismo, que abarcará toda la especie humana.

No creemos nosotros que acaecerá tal cosa, pues consideramos que el sentimiento patriótico, nace con el hombre, siendo algo tan natural é íntimo, algo que tiene raíces tan hondas y se halla encadenado á circunstancias y factores tan múltiples y diversos (no nos permitiría la extensión de este trabajo, ocuparnos de cada uno de ellos por separado) que si alguna vez hubiera de producirse, pasará todavía millares de años antes que ello se opere. De donde resulta que, es harto prematuro discutir estas cuestiones, tan lejanas en la actualidad, en que aquella palabra tiene tan elevada é indiscutible significación. Los pensadores que así hablan, viven realmente tan adelantados que no fuera exageración decir, que de esa manera muy pocos servicios prácticos prestan á la generación presente. Por otra parte, ¿no es algo aventurado afirmar que tales han de ser los sentimientos que dominarán á los que entonces vivan?

Roosevelt, uno de los directores morales de la Unión Americana, por quien sentimos una sincera admiración y simpatía, considera á los sostenedores de aquellas teorías, como «buena gente que no lo suele ser nunca de carácter vigoroso, ni tener una personalidad que se imponga», lo que á su juicio hace que sus argumentos no merezcan ser tenidos en consideración. En su opinión el que quiere á

(1) Hay una anécdota que corrobora bien esta afirmación y que merece ser recordada: Preguntado en cierta ocasión un inglés, á qué nación desearía pertenecer si así no lo fuese, contestó con estas palabras: Si no fuera inglés, desearía ser inglés.

otros países como al suyo, es un ser igualmente perjudicial como el que ama á otras mujeres tanto como á la suya, y considera el amor á la patria una virtud tan elemental como el cariño al hogar, la honradez ó la energía.

Esto no quiere decir que para él sea el ideal de la patria incompatible con el de la fraternidad humana. Y demuestra esto de una manera tan clara y convincente, que merecen ser reproducidos algunos de los párrafos en que se ocupa de estos puntos.

« Ningún país — dice — hará nada verdaderamente útil en el mundo, si no trabaja por su propio mejoramiento. El hombre verdaderamente útil en una sociedad es el que piensa ante todo en sus derechos y en sus obligaciones, y que por consiguiente se hace más apto para cumplir la parte que le corresponde en el deber común. Del mismo modo el pueblo más útil en el mundo, es aquel que está más impregnado del sentimiento nacional, aquel en que se comprenden mejor los derechos como nación, y los deberes del ciudadano, sin que esto sea incompatible con el respeto á las demás naciones ni con el deseo de remediar los males de los pueblos oprimidos ». («El Ideal Americano», pág. 113).

Y nuestro inteligente Ricardo Rojas dice: «El desear una patria más amplia y una humanidad más fraternal, no me impide decir que la idea moderna de nación es generosa, que las naciones ya constituidas van haciéndose cada día más homogéneas y fuertes; que aún por mucho tiempo la historia de los continentes nuevos será la formación de nuevas nacionalidades, y que la unidad del espíritu humano y la obra solidaria de la civilización, aconsejan precisamente no destruirlas, sino crearlas y fortalecerlas. Una literatura plebeya y una ficción egoísta, que disimulaba bajo manto de filantropía, su regresión hacia los instintos más oscuros, ha causado algún daño en estos últimos tiempos á la idea de patriotismo. El innoble veneno, profusamente difundido en los libros baratos por ávidos editores, ha contaminado á las turbas ignorantes y á la adolescencia impresionable. Y ha sido una de las aberraciones democráticas de nuestro tiempo y de nuestro país, que la obra de alta y peligrosa filosofía circulase en volúmenes económicos, más asequibles que el libro nacional ó que los manuales de escuela. Por eso se hace necesario proclamar de nuevo la afirmación de los viejos ideales románticos, y decir que, en las condiciones actuales de la vida, esa fórmula contraria á la patria, implica substituir el grupo hermoso, concreto, por una humanidad en abstracto que no se sabría como servir. En su doble carácter de esperanza y de irrealidad, esa patria futura se parece tanto á la patria celestial de los místicos, que permite con ella eludir la acción realmente filantrópica y efectiva, cargando todas las ventajas en favor del egoísta, que ni siquiera tiene como los secuaces de la otra, la corona angustiosa del ascetismo ». («La Restauración Nacionalista», pág. 38).

Pero, no es necesario alarmarse; el patriotismo no está aún destinado á desaparecer.

En un bien meditado artículo titulado «Las nacionalidades» que apareció no hace mucho en «La Nación», demostrábase plenamente

como los últimos acontecimientos ocurridos en los pueblos occidentales de la Europa, ofrecen á la vista del observador inteligente, el interesante fenómeno de algo así como de una intensificación del sentimiento nacionalista.

Ello agregado á la novel República de Cuba, á la separación de Suecia y Noruega, á las intenciones separatistas que en algunos países como España existen latentes en algunas regiones (1) á las tentativas de emancipación política que periódicamente se producen en la India, ¿no nos está indicando acaso que el ideal patriótico se rejuvenece sin cesar, y que está todavía destinado á ser la fuerza motriz más poderosa que tendrán los pueblos en el futuro de la humanidad?

2.—No hace mucho aún nos decía el doctor Ferri, que «encontraba vagamente indeterminada la conciencia nacional».

En efecto, condenados por la propia fatalidad de nuestro origen, á necesitar el brazo extranjero para cultivar y poblar nuestros dilatados desiertos ha acudido á él en forma tan numerosa, y ha sido tan poca nuestra preocupación por conservar lo nuestro, que en ese choque de razas y tendencias han acabado por desaparecer casi por completo todos nuestros rasgos característicos que si eran mirados por la Europa con cierto desprecio, ellos nos daban al fin y al cabo una fisonomía propia, eran genuinamente nativos, americanos.

Y quien ha salido á la postre de ello más profundamente lesionado, es el sentimiento nacional, que va desapareciendo de una manera alarmante del alma de nuestro pueblo, siendo esto tan evidente que el observador más superficial puede inmediatamente advertirlo, en cualesquiera de las manifestaciones de su vida.

Lo cierto es que ya no vibran en su espíritu los entusiasmos que lo agitaran en épocas pasadas, ni se perciben las manifestaciones de patriotismo que fueran de esperar en una tierra cuya historia está llena de homéricas hazañas y de fabulosas leyendas; lo cierto es que hay un sinnúmero de poblaciones en el país donde no se habla siquiera el idioma castellano, y en donde las grandes fiestas patrióticas no son por cierto aquellas que rememoran las glorias de nuestra historia; lo cierto es que en nuestras grandes ciudades como Buenos Aires y Rosario no se siente la palpitación del espíritu argentino; lo cierto es, en fin, que un total indiferentismo público envuelve á todo lo que se trata de los grandes intereses de la patria.

Ante hechos de tal naturaleza, fuerza es convenir en que la escuela oficial no ha cumplido realmente la misión que las circunstancias le habían á ella señalado. En vez de haber influido ella sobre el ambiente, argentinizándolo, como hubiera sido lógico y justo esperar, casi diríamos que el mismo ambiente ha acabado por desnacionalizarla.

Sobrarían ejemplos con que demostrar este aserto. Ricardo Rojas, en la obra anteriormente mencionada, recuerda que el doctor Ramos Mejía al hacerse cargo de la presidencia del Consejo Nacional de Edu-

(1) El hecho de mencionar estos acontecimientos no implica que los consideremos siempre justificados. Lo hacemos al solo objeto de mostrar como, hoy por hoy, el ideal de la comunidad humana parece cada vez más irrealizable.

cación, púsose á visitar las escuelas de la capital, encontrando en ella signos tales de desnacionalización como nunca antes los hubiera sospechado. Así en cierta escuela, pudo observar que algunos niños por tolerancia de sus padres extranjeros, habíanse negado á estudiar la Historia Nacional. Había encontrado en otra muy importante los retratos de los reyes Vittorio Emanuele, Humberto I, Elena y Margarita, los que según las perplejas explicaciones de la Dirección eran obsequio del vecindario. En todas ellas se usaba como texto de lectura el Cuore de Amicis, el que, si bien es un libro excelente de lectura infantil, tiene marcadamente un sello italiano, de tal suerte que se presentó el caso de un niño argentino que fervorosamente discurría sobre la bandera tricolor, elogiando con todo entusiasmo el heroísmo de los soldados sardos.

Y como si todo esto no fuera bastante, agréguese aún la influencia perniciosa, profundamente antinacionalista, que desde tiempo atrás vienen ejerciendo las escuelas particulares, las que, florecidas al amparo de nuestras instituciones libérrimas (demasiado libérrimas) han venido en su inmensa mayoría á constituir por su espíritu netamente extranjero, un verdadero peligro para la estabilidad del Estado y la integridad moral de la República (1).

Recuérdese sino las escuelas judías « dependientes de sinagogas ó sindicatos europeos » que han sido últimamente denunciadas en las provincias de Entre Ríos y Buenos Aires.

Hemos tenido personalmente oportunidad de visitar algunas de las colonias rusas establecidas en el Diamante, pudiendo con ese motivo, darnos una cuenta exacta del peligro real que aquellos centros de población entrañan para el porvenir de nuestra nacionalidad, en la forma en que actualmente se desenvuelven.

De sus escuelas está alejado todo sentimiento argentino; sus maestros en la casi totalidad extranjeros, son improvisados y desconocen poco menos que en absoluto la lengua castellana.

En cuanto al concepto de la enseñanza que se da en aquellas escuelas, el Inspector Bavio, lo ha sintetizado así:

« Fundamental y manifestamente se da preferencia á la enseñanza del hebreo, á la religiosa á que tal idioma conduce, y á la historia antigua y contemporánea de los israelitas, quedando relegado al olvido, á último término y siendo algo así como una etiqueta que se usa malamente, por una previsión y exigencia de la propia conservación, la del minimum obligatorio que marcan los reglamentos y la ley de la materia ».

Esto que pasa con las colonias ruso-judías ocurre también en mayor ó menor grado con las alemanas é italianas algunas de las que se encuentran subvencionadas por sus parlamentos ó monarcas, y sometidas al control de los inspectores que aquéllas envían!

Es teniendo en cuenta estos antecedentes, que tanto nos lastiman en nuestros sentimientos de argentinos, que se explica el que estén

(1) En honor á la verdad deseamos hacer una excepción, con respecto á las escuelas de Palermo, que dirige el señor Morris, las cuales se caracterizan por su tendencia argentinista. Así lo ha reconocido el C. N. de Educación.

saliendo de las escuelas oficiales y particulares, como expresa Rojas : « argentinos sin conciencia, de su territorio, sin ideales de solidaridad histórica, sin devoción por los intereses colectivos, sin interés por la obra de sus escritores ».

Por tales circunstancias, y creciendo el mal, á la sombra de nuestra proverbial indiferencia, ha llegado de tal modo á debilitarse el sentimiento nacional, que no tendríamos escrúpulos en calificar de criminal toda demora hecha en el sentido de restaurarlo.

No, ante síntomas tan reveladores no es posible permanecer por más tiempo indiferentes. Es preciso fortalecerlo, dedicando á esa obra los mejores de nuestros esfuerzos, consagrándonos á ella con todo el calor de nuestros entusiasmos. Pues, si el sentimiento nacional, si el espíritu patriótico, que es el que le da vida y origen, necesita ser mantenido en todas las naciones, aún en las más homogéneas y que tienen más años de existencia (precisamente son estas las que con mayor empeño se preocupan de ello; v. gr. Alemania); con cuánta más razón no ha de necesitar serlo en un país que como el nuestro apenas tiene medio siglo de vida institucional y que recibe anualmente en su seno millares de hombres provenientes de todos los lugares de la tierra?

No queremos omitir el transcribir aquí, algunos párrafos de un artículo de Ferrero rubricado « El patriotismo Americano », que encontramos casualmente en *El Diario* de fecha 16 del mes en curso, los cuales, escritos á raíz de las fiestas celebradas en Boulogne-sur-Mer, en honor de San Martín, nos muestran la manera de pensar de aquel ilustre hombre, en lo que se refiere á la necesidad que tienen los países jóvenes de América de alimentar un intenso patriotismo.

« En ninguna parte—dice—un Estado puede durar si no está sostenido por sus fuerzas morales y si no es todo un sistema de intereses económicos. Los intereses económicos son en todas partes, la esencia de toda organización social; la posibilidad de desenvolver las aspiraciones superiores está tan íntimamente ligada á las condiciones materiales de la existencia, que ni aún los idealistas pueden negarlo. Pero los intereses económicos no pueden á falta de fuerzas morales, ser la base única de una sociedad, porque son por naturaleza demasiado inestables. En todo el mundo y en toda nación las fortunas están sometidas á un movimiento continuo de transformación y traslación que escapa casi por completo á la acción de los gobiernos. Un Estado en el que no hubiese entre sus miembros más punto de unión que los intereses materiales, no tendría necesidad de hacer ningún esfuerzo ni ninguna dificultad que vencer en las épocas de prosperidad, pero por el contrario correría el riesgo de su desquicio en las épocas de crisis. América ha comprendido muy bien esta verdad elementaria. Su ardiente patriotismo (pensamos que por lo que respecta á nuestro país, el concepto es exagerado) *es la gran fuerza moral* de la que las jóvenes repúblicas del Nuevo Mundo se sirven para unir á su país de adopción las distintas razas, llegadas de Europa, y para atenuar en las clases ricas y cultivadas la atracción irresistible que sobre ellas ejerce la civilización de la vieja Europa ».

Debe, pues, la escuela ponerse á la vanguardia de aquella campaña nobilísima, luchando sin descanso porque la niñez se eduque y oriente en el puro amor á la patria argentina; porque, el hijo del italiano, del alemán, del inglés, del ruso, del francés (no decimos del español ni del sud-americano, porque consideramos que nos unen á ellos lazos tan hondos, que son argentinos desde que pisan nuestro suelo, constituyendo nuestro mejor aliado) sea antes que nada argentino y se enorgullezca de ello; porque cuando sea hombre, opte siempre por su patria antes que por la de su padre, defendiendo sus intereses y su honor aún cuando alguna vez ellos llegaran á encontrarse en pugna con los de la de aquél; porque, en fin, sienta cariño hacia sus héroes y venere su tradición.

Y, si hubiese espíritus superficiales que pretendiesen sostenernos que carecemos de ésta y que nos falta de consiguiente (1) uno de los elementos básicos sobre que cimentar la unidad nacional que preconizamos, contestaríamosles que, lejos de ello, la poseemos grande y honrosa.

Qué si de horas felices se trata, tenemos felizmente muchas de que gloriarnos: nuestros padres corrieron todo un continente levantando pueblos libres donde posaban su planta, pudiéndose con sus hechos inmortales, formar la corona más brillante de los siglos que no desdeñaría ceñir á su frente, ninguna de las naciones de la tierra. Y si fuera de horas amargas, tenemos también en el recuerdo de la tiranía, un altar donde ir á lamentar nuestros infortunios. Bien se trate pues, de la ventura ó de la adversidad, podemos los argentinos confundirnos en los mismos sentimientos, y sentir agitarse nuestras almas al compás de las mismas emociones.



Hemos dicho, que es á la escuela, á á la cual incumbe en primer término llevar á cabo la difusión del ideal nacionalista. En efecto, ella es la más indicada para hacerlo, por cuanto ni la sociedad ni el hogar estarían en condiciones de reemplazarla. Que habían de estarlo, si tanto la una como el otro, se encuentran agobiados bajo el peso de la ignorancia y del cosmopolitismo!

Menos aún podría ser la Iglesia Católica la encargada de desarrollarlo. Su enseñanza, basada en la obediencia ciega y servil á un jefe extranjero, residente en Roma, á quien se conceptúa infalible y á cuyos mandatos debe obedecerse antes que á las propias leyes del país, (véase el Sillabus) resulta un peligro constante para la realización de la unidad á que aspiramos. Esto sin ocuparnos de su clero «abigarrado y aventurero», en su mayoría de inmigración, clero «bigardo» al decir de Rojas, «cuya estulticia suele andar en pareja con su sensualidad».

(1) Recordamos precisamente, que en una de las clases dadas por el Prot. Altamira, á la que asistimos, hubo quienes trataron de negarla, valiéndose de los argumentos más sutiles.

3—Acabamos de ver en las líneas precedentes, las circunstancias que exigen sea difundido en nuestro país con todo empeño y constancia, el ideal de la patria, á fin de consolidar el sentimiento nacional.

No obstante, hasta hace poco tiempo, bien puede decirse, que poco ó nada se había hecho en aquel sentido. Recién está comenzando ahora á observarse algo así como un hermoso despertar, desde largo tiempo atrás esperado.

Los hombres más inminentes del país y los educacionistas de primera fila, se expresan en términos, los más elocuentes á este respecto.

El ilustrado Presidente de nuestra Universidad, comienza uno de los capítulos de su libro «Patria», titulado «La Escuela Nacional» diciendo: «Se ha descornado la punta del velo de un gran problema—ó por mejor decir, del gran problema—que encamina la enseñanza al desarrollo de las ideas y sentimientos de la nacionalidad».

El Consejo Nacional de Educación, se halla actualmente desarrollando en la Capital Federal y Territorios Nacionales, focos principales del cosmopolitismo, una enérgica acción nacionalista, en las escuelas confiadas á su dirección, empleando una serie de procedimientos cuya eficacia ó conveniencia no vamos á discutir aquí. (1)

Por su parte la Dirección de Escuelas de esta Provincia, comienza á preocuparse también empeñosamente del mismo asunto, siguiendo más ó menos el plan que hace trazado el C. de E. (2)

El Ministerio de Instrucción Pública ha establecido desde el año en curso, una nueva cátedra, denominada de Moral Cívica, en los Colegios Nacionales y Escuelas Normales, con el doble propósito de desarrollar bajo un solo concepto las nociones de moralidad y civismo. (3)

Y, tanto en el diario como en la revista, aparecen con frecuencia escritos que dejan ver como, parece que al fin, se va haciendo carne en la opinión pública la necesidad que hay de no descuidar este asunto de tan vital trascendencia.

La campaña está sin embargo, apenas en sus comienzos, y no faltan quienes están interesados en su fracaso. Es de esperar que el buen sentido acabará definitivamente por triunfar, imponiéndose

(1) Muchos juicios hemos oído emitir, con respecto de tales procedimientos, que algunos consideran completamente inadecuados, por cuanto no los creen eficaces para cultivar un verdadero sentimiento patriótico, y sí, altamente perjudiciales. Aparte esto, de la pérdida de tiempo, que dicen, ellos ocasionan. Difícil nos parece sin embargo, á nosotros que sea posible encontrar otros medios más apropiados. Debe tenerse en cuenta que se trata de niños, á los que, en virtud de su gran facultad de adaptación y registro de impresiones, no hay mejor forma de educarlos, que haciendo uso de ellos.

(2) Véase «Instrucciones á los maestros sobre la necesidad de formar el carácter nacional....» La Plata, 1909.

(3) Sobre esta materia, versa nuestra monografía de Metodología Especial en la cual nos ocupamos con algún detenimiento de los medios que conceptuamos más adecuados para desarrollar el civismo.

á todos, á fin de que ella pueda proseguirse sin tregua ni descanso. (1)

No olvidemos que, una Nación, no se constituye solo por muchedumbres cosmopolitas que carezcan de « la emoción del mismo territorio », « del culto de las mismas tradiciones », « del acento de la misma lengua », « del esfuerzo de los mismos destinos ».

No olvidemos que el sentimiento nacional, es el único que puede presentarnos ante el mundo como una nación homogénea digna de ser respetada.

No olvidemos que, por encontrarse aquel actualmente, tan debilitado, y por el poco esfuerzo que hasta el presente hemos hecho en el sentido de asimilarnos la inmigración que nos llega, es que ya ha llegado hasta llamársenos: « *peuplement italien sans drapeau* ». (L'Immigration européenne au XIX siècle, par M. René Gonnard).

No olvidemos en fin, que debemos fortificarlo y mantenerlo, porque somos herederos los argentinos, de una herencia gloriosa que es nuestro deber conservar con solicitud y con amor, á fin de poderla transmitir si es posible, á las generaciones que nos sucedan, aún más engrandecida. . . .

La Plata, Noviembre de 1909.

A. ABELEDO.

(1) Nada sería, si fuesen solo extranjeros, los que la combatesen (v. gr. Aníbal Latino, Onelli; véase « La Nación »). Lo que más duele y entristece el alma, es que sean muchas veces, jóvenes universitarios argentinos, jóvenes que ocuparán quizá mañana los más altos puestos públicos, los que, influenciados por ideas extraviadas, se muestren más opositores á ella, sosteniendo que la idea de la patria es una idea atrasada, que debe de una vez arrancarse del espíritu humano. Signos de la época son estos, que no pueden ser dejados de tener en cuenta.